

Entrevista a María Mercedes Carranza

Angela María Pérez Mejía
Bogotá

Saluda con un apretón de manos, fuerte, tiene silla giratoria, teléfono y extensiones, agenda y tres libros de poemas publicados: *Vainas y otros poemas* (1972), *Tengo miedo* (1983) y *Hola Soledad* (1987). El público la reconoce, aunque a ella no le guste, como la hija de Eduardo Carranza. La crítica la encasilla, aunque ella no lo justifique, como perteneciente a "La generación sin nombre" o "Del desarraigo", como se ha llamado en Colombia, a los que escribieron inmediatamente después de los nadaístas.

María Mercedes Carranza, 42 años, bogotana, pensaba sobre su obra, el 9 de noviembre de 1987... "Justo hoy debe estar saliendo *Hola Soledad*. Yo creo que entre mis tres libros hay un itinerario del oficio poético y un itinerario del trabajo. *Vainas* lo empecé a escribir cuando tenía 25 ó 23 años. Debe reunir algo así como 15 poemas, en los cuales no hay ningún oficio poético. Es más que todo producto de una emoción, que tal como la escribía prácticamente quedaba. Con muy pocas correcciones. Se trataba un poco de divertirme escribiendo y de "escandalizar" diciendo a veces tontuñas también. De ese libro que a mí me parece divertido, yo solamente salvaría tres o cuatro poemas, que son: *De Boyacá en los campos*, *Por si acaso*, *El silencio y Muestra las virtudes del amor verdadero y confiesa al amado los afectos varios de su corazón*. Tal vez salvaría esos poemas.

Después en los 11 años que hay hasta el otro libro, *Tengo miedo*, ya me hice más consciente del oficio de poeta, del oficio de escribir. Ahí ya no está el poema que sale de una idea o de una emoción, sino que hay más trabajo. Empiezo a ser más consciente del lenguaje y de lo que yo intento hacer con la poesía, empieza a obsesionarme la palabra, como algo perfectamente irremplazable en el poema. Algo que no es intercambiable. Y empieza un oficio para mí interesantísimo y apasionante que es la búsqueda de la palabra. Se trata de obligar a la palabra a decir lo que yo quiero, y no lo que ella quiere. Comienza ese oficio de la búsqueda de la palabra que es ya una obsesión en mi último libro. Antes un poema en *Vainas* gastaba 20 minutos en estar terminado. Ahora un poema me demanda un trabajo bastante

exhaustivo, que empieza con un boceto y continúa con dejarlo guardado en un cajón durante semanas o inclusive meses. Volverlo a mirar y trabajarlo como una obsesión. Es que sobre este oficio existe mucha confusión porque al poeta se le endilga como motor casi único y esencial de su trabajo, la inspiración. Yo cada día creo menos en la inspiración y creo más en el oficio, en el trabajo. Desde luego hay una emoción inicial pero no es lo que finalmente produce el poema, sino el empeño de querer decir una cosa, de querer comunicar algo y hacerlo mediante el oficio del trabajo del lenguaje, un oficio consciente y un oficio perseverante. Ahora bien en *Hola Soledad* que tiene 19 poemas, cada palabra ha sido medida, cada palabra ha sido meditada, acariciada, pensada. No hay nada de improvisación, no hay nada de emoción en bruto.

—*Hay un atrevimiento en su poesía, con lo cotidiano.*

— Sí, a mí me interesa lo cotidiano, pero me interesa darle una dimensión poética a lo cotidiano, y eso es muy difícil, porque o bien se cae en lo francamente cotidiano o en lo exclusivamente lírico.

Hay también un atrevimiento con las palabras que es muy intencional, creo que para un poeta todas las palabras son iguales, no hay palabras privilegiadas, o por lo menos no debe haberlas. El desafío está en que de pronto ciertas palabras que son completamente antipoéticas, antilíricas, meterlas en un contexto poético y darle así otra dimensión. Yo las uso muchas veces para darle una caída al poema, bajarlo de lo lírico, como tirarlo del moño, y segundo para lograr también una dimensión poética para esa palabra.

—*¿Le tiene miedo a las palabras?*

No creo que sea miedo, lo que pasa es que de tanto utilizarlas, ellas se desgastan, como todo en la vida. Hay un poema en *Vainas*, se llama *Métale Cabeza*, y la idea es que las palabras se desvalorizan porque se vuelven intercambiables, se ensucian y pierden su sentido. Creo que el trabajo más importante del poeta es devolverles esa vida y esa función original de la palabra, su fuerza expresiva y comunicativa. Entonces las palabras hay que forzarlas a decir lo que uno quiere decir y no lo que ellas quieren decir.

—*¿Ya no le interesa para nada escandalizar?*

—No, ni divertir, que era algo que me importaba en mi primer libro, no, ahora lo que me interesa es comunicar lo que yo siento, creo que la poesía es esencialmente comunicación y no es nada más. Si la poesía logra comunicar está cumpliendo con su objetivo y con su razón de ser.

—¿A usted le molesta que se la identifique como poetisa o como la hija de un Piedracielista?

—Yo no aspiro a tener un universo propio como mujer, o como hija de Piedracielista, yo aspiro a tener un mundo poético propio como persona que escribe. Sin mayores consideraciones, sin mayores paternalismos, ni de la crítica ni de los comentaristas. Yo escribo bien y soy una buena poeta o no soy nada, pero esas consideraciones no las acepto. Tengo, eso sí, una sensibilidad femenina que es una fuente muy importante para mi trabajo.

—Su poesía es del desamor, es muy desesperanzada.

—Bueno, voy un poco más atrás. Yo creo que el poeta expresa la circunstancia que lo rodea. Entonces las circunstancias que nos rodean a los colombianos y no de ahora sino de hace muchos años, son de pesimismo, son de derrota y son de angustia. Eso que flota en el ambiente, yo creo que lo recojo y lo expreso a través de mis vivencias amorosas, a través de mi soledad, a través de lo que aparece como temas en mi poesía.

—Decía Holguín en la presentación que hace de usted en la Antología de poesía colombiana: "Como hace 50 años la poesía del Tuerto López, hoy la de María Mercedes Carranza, constituye un antídoto contra los excesos sentimentales".

—Yo creo que él se refería a los excesos sentimentales en el lenguaje, además esa nota él la escribió sobre *Vainas* que era un libro muy desvuelto y algo irreverente. A mí me interesó la poesía del Tuerto López en cierta época. Ahora me ha dejado de interesar desde que lei *Gotas amargas* de José Asunción Silva, me di cuenta que toda la antipoesía del Tuerto López está ya en *Gotas Amargas* y entonces me pase mejor a la fuente. En el mismo sentido me interesó Nicanor Parra. El poder demolidor que él pone en la palabra. El excecpticismo absoluto. Ese volver la palabra una arma transgresora destructora de órdenes sociales caducos y de lenguajes poéticos cansados. Ha habido muchísimos poetas, y creo que con los poetas amados ocurre lo mismo que con los hombres amados: uno los quiere mucho, influyen en la vida de una manera casi definitiva y ya después se olvidan y se recuerdan de una manera muy lejana. Pero hay poetas, como hay hombres, que siguen siendo esenciales en la vida de uno, aunque uno los haya dejado de amar. Los poetas esenciales míos casi todos son en la lengua castellana. Garsilaso y Quevedo definitivamente. Hay también libros como la *Celestina*, que son esenciales para mí.

—Su poesía es húmeda, en ella no hay temor a

nombrar lo más corporal, con mucho atrevimiento.

—Mi poesía es desarraigada, yo pienso que eso lo vivimos todos y uno trata de sobrevivir. Entre las tres maneras que yo he encontrado, todas son evasiones, hay dos esenciales que son: la palabra, la evasión por la palabra; poder nombrar las cosas y al nombrarlas hacerlas reales y al hacerlas reales poderlas matar. Y la otra es una evasión del deseo, la efímera evasión del deseo. El afirmarse a través de un cuerpo querido. Son mis dos temas. Todo eso lo digo ahora, porque usted me lo pregunta y yo lo racionalizo pero realmente estas cosas no son intencionales.

—¿Qué le evoca Port Ligat?

—Esa es una palabra solar para mí, es mi infancia. Creo que las sensaciones de la infancia no son racionales sino puramente sensaciones; son muy importantes para un escritor, y no estoy diciendo nada original. Mi infancia como fuente de sensaciones no racionales está completamente viva, porque yo no he vuelto a los sitios donde pasé mi infancia.

—Esa infancia estuvo además rodeada de personajes de todas maneras muy connotados, todas las personas de la generación del 27, poetas, y Dali tuvo también su parte.

—Claro, yo fui una niña muy sola, en mi infancia naturalmente tuvo que ver mucho mi padre. El dirigió siempre mi lectura, casi hasta los 20 años. Y además evidentemente el hecho de que yo me haya educado, me haya criado y haya vivido desde muy niña en un ambiente donde todo el tiempo lo que se oía era poesía, eso naturalmente iba influyendo muchísimo en mi sensibilidad. A Dali lo recuerdo mucho, me divertía mucho, íbamos a veranear a un sitio que se llama Port Ligat donde él tenía su casa, él fue una de mis diversiones de infancia. Recuerdo a Vicente Aleixander, que era un ser absolutamente excepcional, de bondad, de generosidad; recuerdo a Leopoldo Panero. No solamente los poetas españoles, sino todos los que pasaban por allá, colombianos que siempre iban a la casa de mi padre. Por ejemplo Eduardo Cote Lamus iba mucho a la casa, llegaba siempre a almorzar intempestivamente y así como llegaba se iba.

—Luego su formación fue filosofía y letras, ¿cómo influyó esto?

—Mi carrera de filosofía fue desastrosa, yo la empecé en España en el año 64, hice un año en la Universidad Central de Madrid, el desnivel entre el bachillerato español y el colombiano eran tan profundo que no lo pude yo obviar, no pude pasar yo ese año.

Luego entré aquí a la Universidad de los Andes

e hice dos años, volví a salir, volví a regresar y así entre unas y otras logré terminar la carrera y sólo hasta hace dos meses me entregaron el grado.

Mi tesis fue un estudio crítico, de la obra de Eduardo Carranza, que se llama *Carranza por Carranza*.

—¿Cómo fue la experiencia de trabajar con suplementos literarios?

—Cuando yo tenía 20 años comencé a hacer la página cultural de *El Siglo*. Me impuse yo que fuera sólo para menores de treinta años y eso lo llevé muy a raja-tabla porque me parecía y me sigue pareciendo, que la gente joven no tiene acceso a que le publiquen. Inclusive estando en un medio tan conservador como *El Siglo* logramos hacer cosas novedosas y divertidas, con diagramación y gente diferente. Finalmente, si me censuraron, entonces yo me retiré al cabo de los dos años. Después pasé a trabajar a *El Pueblo*, el periódico de Cali. Se hizo un suplemento que se llamaba *Estravagario* que lo dirigía Fernando Garavito, entré a trabajar como asistente. Fue una experiencia periodística y cultural importante no sólo para mí, a nivel nacional. Su presentación era casi escandalosa y colaboraban pintores y dibujantes importantes como Hernando Tejada, Lucy Tejada, María de la Paz Jaramillo y a ese nivel creativo de diagramación se hizo una cosa importante.

En el año 76 yo empecé a trabajar en *Nueva Frontera*, donde ahora soy coordinadora de redacción. Ha sido una experiencia importante pero a otro nivel. He estado muy cerca a Carlos Lleras Restrepo y también trabajé muy cerca a Luis Carlos Galán. A nivel periodístico *Nueva Frontera* es una publicación muy severa, muy formal. Sin embargo el contacto cotidiano, personal, con una persona como Carlos Lleras Restrepo con la cual no comparto su ideología política, pero que es realmente una persona admirable en cuanto al trabajo, conocimiento del país, en cuanto a calidad humana, a calidad de hombre público que quiere al país y lo conoce. Trabajé cerca de siete años con Luis Carlos Galán y también el contacto con esa otra persona excepcional, me han cambiado mucho la visión del país.

—En su poesía hay un gran dolor por el país.

—Claro que me duele lo que sucede en el país, me duele en carne propia y lo repudio. Esto se ve en mis poemas; lo que pasa es que yo no utilizo un lenguaje político, porque pienso que la poesía tiene su propio lenguaje y es un lenguaje eficaz para comunicar. Y con ese lenguaje la poesía puede expresar no solamente las sensaciones amorosas o las preocupaciones existentes, sino también las

preocupaciones de índole social e incluso de índole político.

—¿Por qué le molesta tanto las etiquetas que se han puesto a su generación?

—No, no me molesta, lo que pasa es que ciertamente a las personas que andamos ahora por los cuarenta años ha dado mucho trabajo ponernos un nombre. No sé si por reacción contra el nadaísmo, que fue una generación con mucho sentido de grupo, muy cohesionada, nosotros nos disgregamos y no nos interesa darnos a conocer con una actitud de grupo frente a los problemas ni frente a la literatura.

—¿Cuál es la intención de la Casa Silva, que usted dirige?

—La Casa Silva es donde murió José Asunción Silva en el barrio La Candelaria de Bogotá, es una casa colonial, fue acondicionada hace unos tres años por la Corporación Barrio La Candelaria, poco a poco fue surgiendo la idea de hacer una casa exclusivamente dedicada al goce y al placer de leer poesía. Hoy en día ésta cuenta con diversos servicios, con una gran acogida lo cual nos revela que a los colombianos nos gusta la poesía, nos gusta disfrutar de ella. Hay una biblioteca con un fondo de cuatro mil volúmenes más o menos, especializada en la poesía. Y tiene una fonoteca, que es algo novedoso, tiene aproximadamente unas trescientas horas de grabaciones de voces de poetas originales, o de intérpretes profesionales o de conferencias sobre poesía. Tenemos también el auditorio para unas 250 personas. Y allí hacemos presentaciones de libros, conferencias, lecturas de poemas. También hay talleres de poesía, este año se realizaron cuatro talleres de dos horas y media semanales cada uno. Se beneficiaron 80 talleristas, dirigidos por poetas más o menos jóvenes del país. Se ha proyectado sacar una revista anual, la primera sale el 15 de marzo, se va a llamar *Revista Casa Silva*, el primer número de doscientas páginas es una selección de lo que se ha hecho en el auditorio durante el año y medio que lleva funcionando. Ahora estamos en el empeño de hacer una fundación para crear recursos. Se pretende crear un centro de recuperación del patrimonio poético del país. Esto es: originales, primeras ediciones, documentos de los poetas. Y organizarlo con todas las especificaciones de un archivo, para ponerlo al servicio del público. Este es un plan a largo plazo y que la Casa Silva se convierta en un centro de estudio de la poesía. Es decir, se organicen cursos en colaboración con universidades y se den postgrados en poesía. Estos son mis dos proyectos a largo plazo.